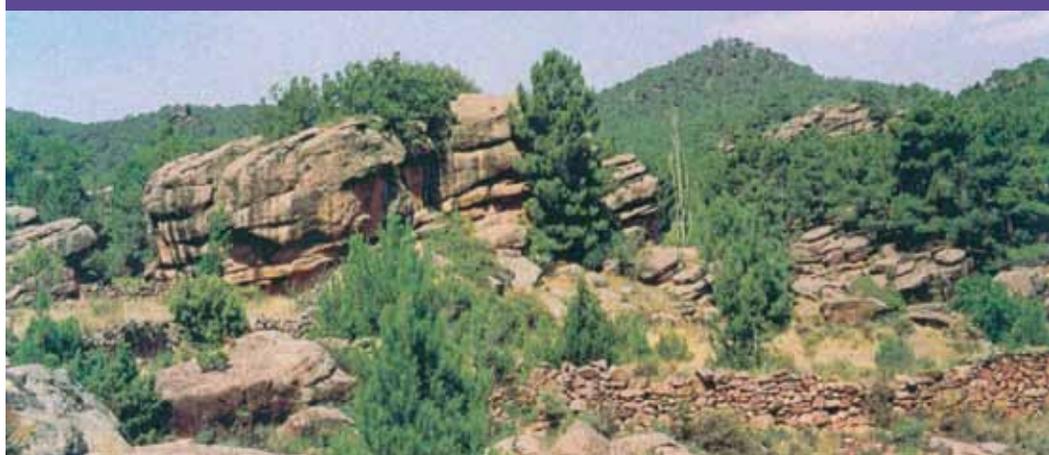
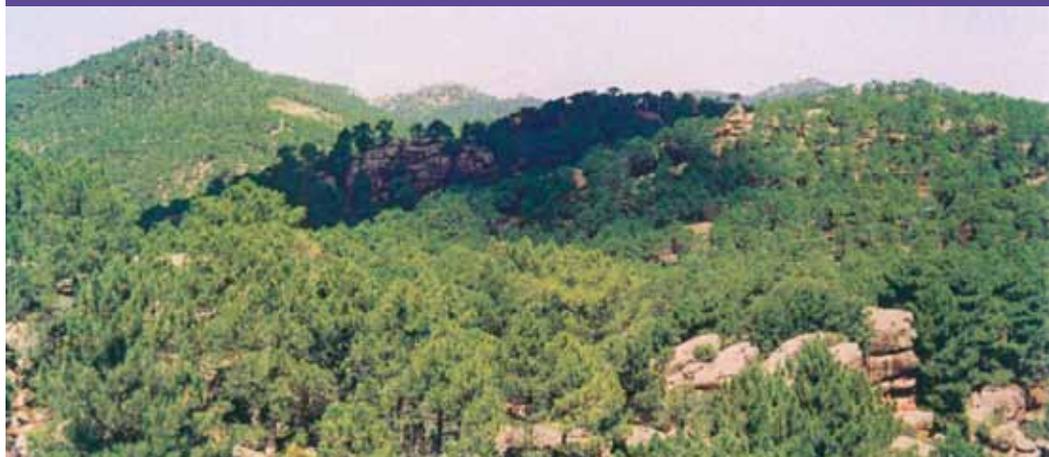


RODENO DE BEZAS

# UN PASEO POR LOS CALLEJONES

Nº 14



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

---

## **Un paseo por los Callejones**

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *1.- Vista panorámica parcial de los Callejones; 2.- En primer término, paredes de los cerrados de los Retores, Los Chermas, y los Jotos, en un espectacular circo de elegantes peñascos de Rodeno. Al fondo, el carismático puntal de las Sabinas Negrales.*

Foto: Julián Sánchez, Primavera 1999.

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Abril 2012

---

## Un paseo por los Callejones

Son tantos y tan variados los itinerarios de este Bajo Rodeno de Bezas, de encantadores parajes y bellísimos rincones, que llamar excursión, así, a secas, merma un poco el noble concepto. La querencia que de todo ese conjunto tenemos los bezanos, merece el mejor trato.

Los callejones no son solamente pinos y piedras con sus colores verde y pardo rojizo, sus arenas estériles hartas de criar forrajes y productos para las humildes cocinas de los bezanos. En sus cuevas y abrigos moraron antepasados nuestros que dejaron pinceladas de su cultura.

\* \* \*

Hoy vamos a dar un paseo por este singular y gran parque semiurbano, tan lleno de vida no hace tanto. No es fácil olvidar el antes de ayer; los “ubérrimos” sí, cerrados en donde los bezanos peinaban con cariño sus cosechas, llevaban sus corderillos a triscar los tiernos brotes, mantenían en perfecto estado las infraestructuras agrícolas y ganaderas que fueron creando poco a poco, con entusiasmo y cariño religiosos.

Aquí los afanes culturales de los maestros. Traían a su chiquillería a inundar estos arenales de alegría y de ansias de aprender cosas, para recibir, sobre el propio terreno, amplias lecciones de ciencias naturales; la raíz del nombre de las plantas, de la fauna y flora aquí tan abundante; de los topónimos y los subtopónimos de los lugares que pisaban y veían, adquiriendo unos conocimientos básicos que ya jamás habrían de olvidar; principios que les harían, sin duda, un poco más sabios.

Años después, cuando las nostalgias dieron paso al recuerdo de que allí, pese a todo, se forjó parte de nuestro ser, propia cuna nuestra; cuando llega el momento en que uno arde en deseos de volver al lugar para reconocerlo, el arrojo de más de un bezano que escudriñó por los rincones y recovecos. Los regidores se dieron cuenta de su cortedad y tacañería, –por estas tierras siempre se anda así– pensaron que algo no

cuadraba al dejar estos preciosos territorios, de puro Rodeno, fuera del paraguas de la protección; y por fin decidieron que debían ser incorporados a los Pinares protegidos de Rodeno, Parque Cultural de Albarracín. Han aparecido pinturas rupestres, además del gran legado cultural de épocas más recientes.

No tendréis que buscar mucho. Cualquier bezano os dirá por donde se va a dos de los lugares más emblemáticos del Rodeno de Bezas, Las Tajadas y Los Callejones. Hablaremos otro día de Las Tajadas, hoy toca a Los Callejones.

Ya hemos llegado hasta el Collado del Arenal, al cementerio viejo, sendero PR-I-TE, Bezas Gea de Albarracín, ahí rozando los primeros pinos, como para no privar al espíritu de sus moradores del grato recuerdo de los paseos dados.

Las estupendas fotografías que se obtienen dan idea de la belleza del paisaje, con abundantes muestras del ayer tan recordado y añorado, y un hoy que se resiste a morir.

Es bueno relatar lo que por aquí se ve cuando uno patea estos montes. No importa el día, la estación del año, ni el ánimo que llevemos; el éxito está asegurado, y a ellos vamos.

\* \* \*

Yo suelo ir a Los Callejones por el Alto de las Cerradas. Tuerzo luego a mano izquierda, por la senda que lleva a las Aleguillas Hondas; o bien sigo el carril que va a los corrales de las Ramblas, pero antes me meto por la carretera, mano izquierda, por el huerto de los Jotos, donde se amorra la senda que viene de la Ceja; una vez en este bonito barranco, arteria principal del paisaje, hay que relajarse, caminar por la alfombra verde de los cerrados yermos o por la limpia arena de la carretera, o las laderas del barranco pisando blandas josmas, o saltando de piedra en piedra, si no están mojadas, claro.

\* \* \*

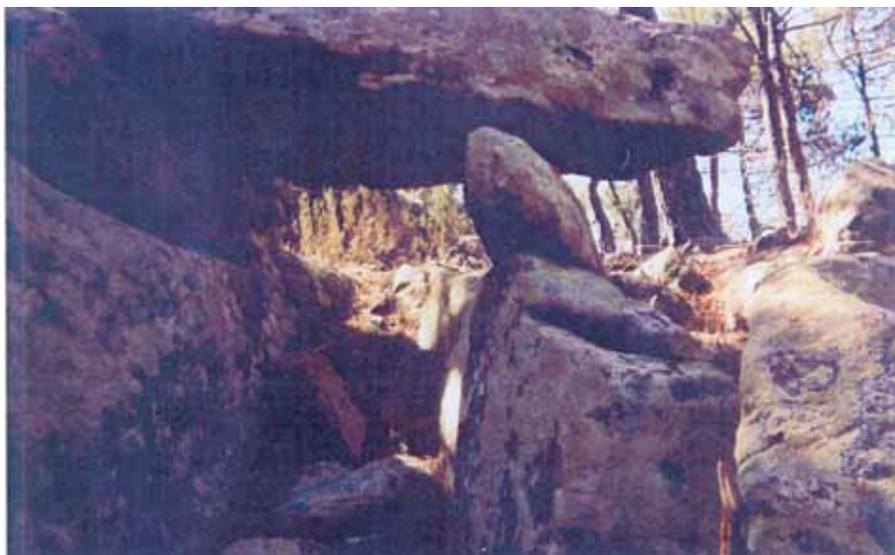
## *Un paseo por los Callejones*

Pero hoy tengo ganas de ir por el cementerio viejo, le tengo cariño a la ruta; ahí, en el poyo natural donde descansábamos tras subir la empinada cuesta, crecen pequeños bonsais; no dejo de mirar la pequeña pudia, de mucho más de cien años de antigüedad, (el abuelo me decía que él siempre la había visto igual) y allí está, con su retorcido tronco y el verde blanquecino de sus ramitas de juguete, con algún costado malherido, pero aguantando. Siguiendo esa cresta de la Ceja, sobre los resquicios de las piedras, se pueden contemplar tomillos y salvias centenarias, en una altiplanicie pétrea, reseca, azotada por vientos casi permanentes, con una abundante flora, en donde destacan los erizos y otras diminutas plantas de bellísimas flores. Todo un pequeño mundo de endemismo, que en primaveras lluviosas da a esta bella loma un aspecto maravilloso. Es un pequeño desierto, a las puertas de casa, pequeño jardín donde uno puede extasiarse a sus anchas, mirando con auténtico placer al suelo donde bulle una impresionante vida, límpidos horizontes y paisajes encantadores. Aquí pasarás un buen rato, saborearás lo mejor de la vida, el placer de sentirte, nadie te va a quitar lo que estás contemplando.

Siento deseos de dar suelta a los recuerdos de momentos por aquí vividos; la nostalgia se apodera de uno con mucha frecuencia. Dentro de un rato huronearé lo que quiera por la ruta que me he marcado. Ahora contemplo con deleite lo que tengo a la vista; esta plataforma a medias cultivada y a medias duro erial que lacera sin piedad los cuerpos y las almas. Enterrados por el olvido, o la voracidad de las maquinas, corros de tierra cernida por el esfuerzo del hombre se nos muestran, como testigos del esfuerzo.

\* \* \*

Sendas conducen a la vaguada, entre minúsculos arenales que fueron huerto y a la vista aparecen los caprichos de la naturaleza. Siempre procuro llevarme algún recuerdo y no puedo por menos de fotografiar este dolmen natural, y el viejísimo bonsai de una sabina ya medio fósil que Dios sabe cuantos años tendrá; y cuevas habitadas en tiempos pasados,



*Dolmen Natural.* Foto: Julián Sánchez/2009

quién sabe si como vivienda o como refugio del amo del huerto; por aquí el trasiego humano ha sido constante y activo, convirtieron la desértica arena en vergel.

Luego, arriba, otro corro de cerrados, pura arena, pero que dieron buenas cosechas; y como me gusta hacer pinitos en la especulación, por ser lo más cercano a la investigación, y que de algún modo me siento a gusto, echo un amplio vistazo a esas pequeñas infraestructuras que por allí, también por los Callejones y otros lugares, proliferan; asentamientos temporales de compañías de militares en la guerra que pasaban allí tiempos de descanso, después de haber sido machacados en durísimos combates de aquella importante zona de guerra.

\* \* \*

Recorro todo este paraje con detenimiento; espanto a una pareja de zorras, zorra y zorro, se supone, que se van parsimoniosamente hacia

## *Un paseo por los Callejones*



*Bonsai centenario de Sabina. Foto: Julián Sánchez/2009*

el barranco de los Quemados; vuelven la cabeza y me ladran como renegándome por haberlas molestado; no es extraño, con el calor que hace esta mañana. Me recorro el conjunto de los cerrados, sus pozos medio enrunados apenas mantienen humedad en el fondo, no será fácil encontrar agua y la sed ya aprieta.

Mi visita a estos lugares casi no falta todos los años, y vuelvo siempre a lo mismo, mi deseo de encontrar nuevos abrigos, mis trapicheos conmigo mismo, eso sí, sin maldad. En este tremendo Rodeno de nuestra juventud, de enormes piedras, enormes pinos y enormes contrastes, yo siempre ando buscando: acudo a mis recuerdos y vuelvo a considerarme elemento activo, como si nada. Seguro que encuentro algo, esta mañana, que romperá la monotonía de este día de verano.

Aprieta el calor, pero busco. Encuentro media herradura con óxido de muchísimos años, un cascote de escudilla, la conocida “esculla”, cuenco

donde el abuelo comía las “sopicas de ajo”, un asa de barro de perol y un “culazo” de mortero muy desgastado, con un trozo de pintura verde, de aquellos en donde nuestras madres hacían el picado de ajo para la “fridura” del cerdo; los dejo en unas piedras, seguro que harán las delicias de algún muchacho “capitalino” que venga por aquí.

Busco, tengo que beber agua. Unas clochas que hay en esa gran losa con lamparones de cuando corre el agua, pero allí beben multitud de pájaros y otros animalicos, y las tordas, las muy guarras, cuando han bebido, se cagan dentro del agua, así que desisto, ya encontraré. Y como llovió ayer, me doy cuenta que por una grieta hay roca mojada; un gran cepellón de musgo verde, que acumula arena y detritus diversos, actúa como esponja, retiene el agua, dando lugar a que algún pajarillo pueda obtener su ración, sirviendo, además, a que en su interior se desarrolle una especie de partenogénesis, o algo así, de incalculables valores, en ambientes tan extremadamente duros. Aprieto el cepellón y en un intermitente y lento goteo, consigo un sorbo en el culo de un cacharro de la resina, mi ración del momento. Humilde sabiduría que aplicaban los resineros en sus durísimos trabajos, por estos territorios que en verano son pura chicharrina.

\* \* \*

Me asomo al encantador “paseo” de los Callejones, de laderas enladrilladas con bellas rocas areniscas, para sacar la habitual foto de siempre; un vistazo a este gran escorial, restos de la fundición que aquí hubo, por aquí hay muchas. Más adelante un cerrado con gran pared de piedra, puro arenal, que su dueño no hace muchos años quiso ponerlo en labor; pero ahora, aunque puso mucho interés, no pudo; no es la misma situación que cuando los abuelos y los padres lo cultivaban para poder comer.

Y como no es hora aún de volver a casa, desciendo hacia el cerrado de los Canelas, del tío Domingo. Pienso ir por esa carretera construida durante la guerra, hasta el Barranco los Lobos, y por allí, mano izquierda,



*Los Callejones. Pinos y piedras. Julián Sánchez 2004.*

pienso llegar al Callejón Cerrado, preciosísimo callejón (tiene entrada y salida) que hay media docena de cerrados que criaban muy bien, de todo un poco, hasta manzanas y ciruelas.

Por ahí hay buenos abrigos que quiero mirar. Pero antes subiré a un gran peñón, donde en años de posguerra aparecieron restos de un militar en una grieta. No es que ande sobrado de energías, pero subiré a la peña, por si luego ya no pudiera, tampoco es que el recuerdo de lo visto entonces merezca la pena el esfuerzo; pero, qué quieren ustedes que les diga, todo forma parte de la vida que a uno le tocó vivir, y es muy difícil borrar los recuerdos. Eso ocurría por los años 1946 del siglo pasado y ya no había vuelto a subir a la peña. Sí, hay huesos en la superficie de la peña, pero es que por aquí ha habido, sigue habiendo, cantidad de fauna y ganado.

Se sigue manteniendo parte de la infraestructura hidráulica de estos cerrados, cuyas paredes no podían ser rebasadas por las cabras, ni los conejos entrar por los agujeros, únicamente los “culebrones”, al decir

de los dueños de las fincas, se paseaban por allí para atrapar a los abundantes topillos y ratones. Abundaban mucho por aquí varios tipos de culebras, preciosos ardachos verdes, variedades de bellas lagartijas diminutas y grandes, ardillas, tejones, zorros (y zorras, claro, “por si acaso”) infinidad de animalillos, muchísimos cuervos, pájaros carpinteros, mariposas, etc. La lluvia mantenía a tope los pozos, que venía muy bien para hacer que las hortalizas agarraran cuando se plantaban. Hoy todo es un triste recuerdo, apenas los longevos juncos dan fe de que allí había vida en activo, porque había agua.

Al final, sostenida la arena por un paredón, mi familia teníamos un minúsculo cerrado, solo para un par de caballones de patatas, dos de cebollas y dos de ajos, poco más; hoy solo quedan dos viejísimos chopos; toda el agua que caía de los cerrados, ya no cría nada, se pierde en el vasto arenal; pero los melodiosos cantos de pajarillos que apenas se dejan ver, alegran el paseo.

\* \* \*

Hay abundantes cuevas y covachos, sí, y señales de cuando los cerrados se cultivaban; grabados en las peñas del amo del cerrado con sus iniciales y el año, pero de lo mío, de lo que voy buscando, nada de nada. Por un callejón-pasadizo que impone algo por su lobreguez, entre viejas loberas de las que sale frescor y manadas de mosquitos que se meten por los ojos y la boca; acompañado del zumbido de enormes tábanos, (como burros decían los bezanos) llego al Escorial, al cerrado de don Eliseo. Veo los grabados de un covacho, uno medieval, según los entendidos, y las primorosas paredes que hicieron don Eliseo y el tío Francisco, para proteger su huerto de las apetencias de rumiantes sobre todo.

A la vuelta del huerto, en lo que fue un gran abrigo para las colmenas, bien resguardado del aire, al sol en invierno, buena sombra en verano, un gran lienzo de la roca sirvió a los hombres de los Callejones para mostrar sus habilidades pictóricas; cantidad de pinturas de animales y

## *Un paseo por los Callejones*



*Pinturas rupestres de los Callejones de Bezas. Julián Sánchez 2007.*

personas, de lo que todavía queda algo, bastante visible una figura roja y alguna otra figurilla; el abrigo, descubierto por un vecino del pueblo, fue debidamente datado, lo bautizaron con el nombre de Callejones I y está protegido.

\* \* \*

Desde este lugar se toma el sendero de toda la vida, hoy señalizado, que nos conduce a Covatorres y Las Paradas, a enlazar con GR-10.

Pero yo opto por coger el sendero de la Mina, siguiendo la pared del cerrado de Manuel, que tengo que remirar algo más por aquí, y admirar la parafernalia de espantajos y trastos que el propietario ha colgado para proteger los frutales, sobre todo los almendros, cuyo frutos hacen las delicias de los picorrelinchos, las ardillas y algún que otro amigo de lo ajeno. Miro varias cuevas y abrigos de esta luminosa solana, envuelto todo en una paz y un silencio que casi asustan, y contemplo algo

perplejo la proliferación de casetos de cuando la guerra, algo temeroso de que pueda aparecer un militar, o algún politicastro de ahora, y me puedan decir que eso es historia pasada, y que ni aun mirar se puede, porque eso de la “memoria histórica es cuento, no ocurrió nada”, es propio de traidoristas (...). Por cierto, que hace unos años, en uno de estos casetos cuando aún había paja que sirvió de cama, encontré unas monedas de aquellas de cobre, de diez céntimos, que tengo en la casa del pueblo entre la cacharrería encontrada por varios sitios. Y me llama poderosamente la atención, cómo, los militares hicieron estos casetos en campo abierto, entre pinos, teniendo al lado mismo magníficos refugios en abundantes cuevas y covachos; sus razones tendrían, supongo. Vete tú a andar con “investigaciones ahora”.

\* \* \*

Voy a pasar por frente a la portera de entrada al cerrado. Remiro desde fuera, la caseta que tiene Manuel como refugio y protección, bien hecha, claro, para eso es profesional y con su pequeña instalación, con bidones para recoger el agua de lluvias. Miro, el pozo natural que tiene en el lecho del barranco aún tiene agua, roya como toda la que baja por estos barrancos, pero bebo un sorbo; es buena, con algo de sabor a pino y arena, pero es que tenemos tanta bebida en nuestras estancias por aquí..., casi nos sabe buena.

Me planto a mirar a mi alrededor. Este piazo de Silvano, que tienen sembrado de girasoles, que están preciosos, y el contraste entre pinos y piedras merece una buena foto, y la hago, claro; al recuerdo y nostalgia uniré la foto, pues quién sabe si habrá nueva ocasión.

Pero no todo es belleza y lozanía en este bucólico lugar en donde ahora me encuentro. Los recuerdos son muchos, muchísimos, porque fueron también, muchos, los años vividos en este pueblo, los mejores, y trabajando y retozando por estos lugares, desde bien crío hasta bien mozo; desde que hacíamos mapas de España en la arena, con sus ríos y todo, que a duras penas podíamos conseguir que el agua que echábamos en sus cauces lograra correr, hasta de cuando mozo, que algunas veces solíamos

## *Un paseo por los Callejones*



*Girasoles de Silvano. Los Callejones Julián Sánchez 2010.*

venir también a “mocear” por aquí. El lugar sigue teniendo un encanto que te conquista. Pero da la impresión que el monte ya no interesa. Todo son agresiones, las directas –a veces por pura necesidad y las indirectas, a veces por más capricho que necesidad– y entre unas y otras a veces nos damos buenos sustos, como este de ver el lugar “trasquilado” y sin que nos digan si era absolutamente necesario. Esto es como quien dice “zona urbana, de paseo” y se merece un profundo respeto, pues esos pinos dan un extraordinario encanto y valor; algún día se reconocerá y será ya tarde.

Bordeando los girasoles, me encamino hacia la Corellana, con un adiós a mi cerrado, para llegar a la fuente, que apenas tiene un “sorbo”, con abundantes excrementos de pájaros y otra ralea de bichos; dentro del recinto de la fuente había otro minúsculo huerto; preciso es darse el garbeo, hay que ver este otro cerrado aquí escondido, su pozo y buscar el grabado que hizo el dueño, ya casi centenario.

Vine aquí una vez, hace años, y quedé sorprendido de la gran cantidad de hermosas coles que había, luego me dijeron de quien eran; al otro lado, los cerrados de los Casinos, y otros más, también eran pródigos en dar hortalizas y forrajes, frutas diversas, nueces, uvas, cerezas, de todo un poco, que con otros pocos harían lo necesario.

Aquí, de bien chico, presencié escenas que encogen el alma. Hombres del pueblo, para ponerse a salvo, tan solo por el miedo atroz que causaban los uniformes militares en la época, se agazaparon en una covacha junto a la fuente, llevando consigo a varios niños; hasta que la voz de algunas mujeres, llevando bandera blanca, les gritaron que la alarma ya había pasado; que ya podían volver a empuñar las herramientas de la paz, a continuar el trabajo tan bruscamente interrumpido. Quién sabe si no salvaron así la vida. Para mí, esto será siempre “Memoria Histórica”, digan lo que digan.

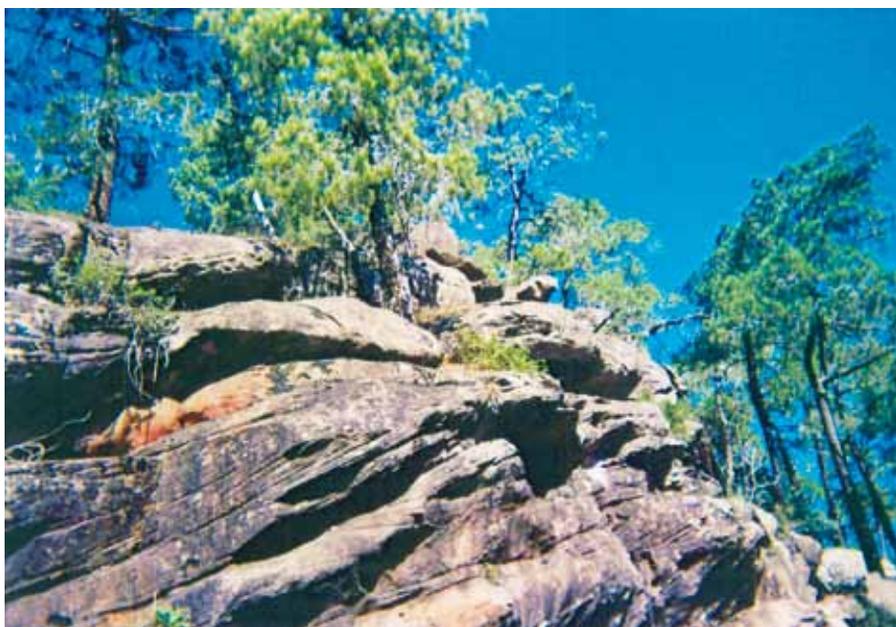
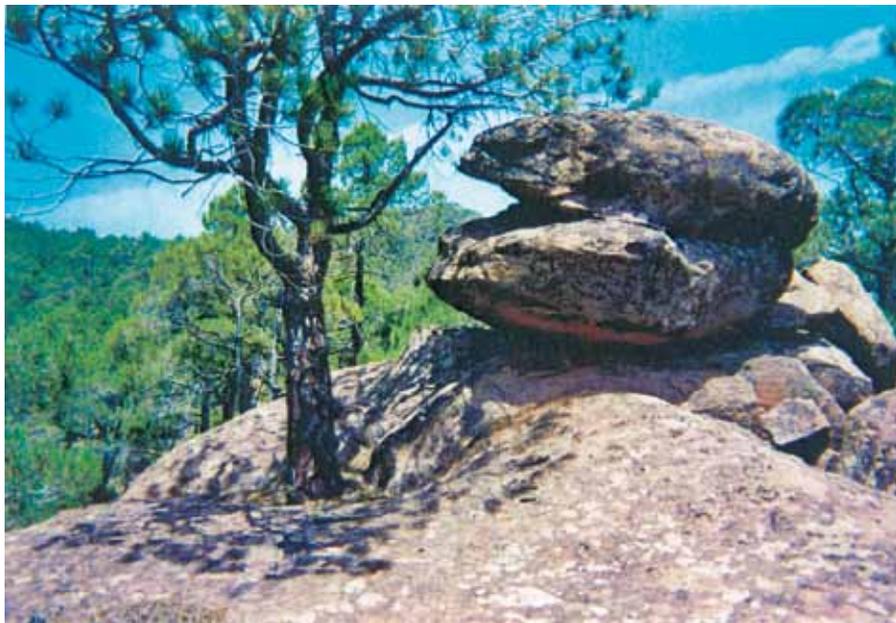
\* \* \*

Es un rincón tórrido éste en pleno verano. Me paso al cerrado del tío Juan. Arenal profundo y calcinado hoy por un sol que abrasa, casi esterilidad absoluta incapaz de dar frutos; solo aliagas, muñones de priscales y parras, hierbajos que mueren apenas nacer.

A la sombra, al lado del pozo que tan útil fue, me siento un poco. Aquí, en silencio absoluto se percibe el rumor de la vida que aún queda en Los Callejones y en el cuerpo de uno. Los pájaros, que apenas ves, en su quehacer cotidiano, a trinar deliciosamente y trepar por los troncos de los pinos; preciosas mariposas, lagartijas cazando moscas; un lagarto verde, impresionante, y hasta una culebra de respetables dimensiones, han desfilado pacíficamente no lejos del asiento cubierto de musgo, donde he pasado un rato en agradable meditación. Pero el hermoso pozo que hicieron no tiene agua; para qué, si ya no riega nada.

Arriba el Collado del Arenal, el cementerio viejo, un adiós para los familiares que tengo aquí. ¡Qué buen paseo el de hoy... cuanto recuerdo!

Pinares de Rodeno, Bezas.



*Crecen encima de las piedras. Lugar: Fuentecillas.  
Foto J. Sánchez V., verano 2010.*

